

—Finalmente... murmuró Teresa á su oído:—¿Y el angel?

—¡Oh! ¡si!—gritó Mario, poniéndose de pié, con el semblante trasfigurado:—¡Aquí está todavía!—dijo golpeándose en el pecho



DE CODOS SOBRE LA MESA



Un amigo mío díjome cierto día:—Tú no estudias bastante, leer no es estudiar; leer es un placer y estudiar es un trabajo, todos leen y pocos estudian.

¿Qué horas dedicas tú á estudios profundos? ¿Cuándo procuras fijar las cosas leídas, cuándo las piensas y meditas, trayéndolas una y otra vez á exámen para exprimirles el jugo? ¿Dónde está el tiempo que tú ocupas en recoger ideas precisas, en formar juicios propios, en combatir racionalmente á los que disienten de tí?

Tú no trabajas con la inteligencia, pierdes el tiempo.

*
* *

Cuando no se tienen más que veinte años, ¡cuántas zonas se hallan que oponer á estos consejos! ¡Los libros! ¡los libros! ¿Se vive sólo para los libros? Yo tengo sangre en las venas, siento necesidad de aire y de luz y quiero leer el gran libro de la vida humana. Antes que estudiar es preciso vivir. ¿Por qué he de ligarme á la mesa, que es el instrumento de tortura? La vida es movimiento; el que se mueve está sano, el que está sano está alegre, y el que está alegre es bueno, y el que es bueno es más querido de Dios y más útil á los hombres que esos eremitas de la sociedad, que se han estropeado manejando los libros, llenándose de orgullo y de vanidad y perdiendo el calor para todo.

*
* *

Las primeras luchas son muy duras. No basta la resolución de estudiar; dad un adios á los amigos; cor-

red á casa y abrid un libro; pronto se siente un no sé qué por dentro que oprime y se retuerce escondido. Acercad la silla, recojeos sobre el libro, y se siente uno rechazado nuevamente. Alguien hay dentro de nosotros, un enemigo sordo, mudo, agazapaço, que se obstina en no querer oír razones, poltron que seldefiende como si le arrastrasen al suplicio. La lucha dura mucho tiempo y llega á ser encarnizada; llega uno á morderse los dedos de coraje y á golpear la pared con el puño, sin sentir dolor, como si las ofensas fuesen dirigidas á otro. Por fin triunfa el convencimiento de que somos *dos*: el uno, capitán animoso, y el otro, soldado bellaco.

*
* *

Luego vienen los primeros goces de la victoria. Llega siempre el momento en que, el yo que quiere, sacando de la ira la fuerza que no había conseguido de la voluntad, lanza un *quiero* tan impetuoso, que el otro no se atreve á rebelarse más.

Este se agazapa, se anula. Nuestro corazón se llena de altanería, saboreando la voluptuosidad del mando; se experimenta un sentimiento de respeto hácia nosotros mismos, como si dentro de nosotros existiera otro sér más fuerte y más valeroso.

Trás de las primeras luchas y de los primeros placeres, vienen los primeros decaimientos. Como en la mente del sabio una nocion llama á otra y á poco que medite vienen encima una multitud que él hace desfilar con la misma complacencia que el general pasa revista á su ejército, ó con la que el avaro siente al contar sus riquezas; de igual suerte, en la inteligencia del que comienza á estudiar, una laguna llama otra, y cansada la conciencia de proveerse en el vacío, la soledad que sentimos mata todo el valor y todas las fuerzas. De una duda respecto de la lengua, pasamos á otra de historia, y de una de historia á otra de geometría, ó de geografía y de física, y con ser todas cosas tan elementales, esenciales y necesarias, parece tan degradante el no saberlas, que, si bien la mayoría las ignora, es preciso convenir entre todos que realmente se saben. En medio de la multitud de sobresaltos y de vergüenzas en que vive nuestro espíritu, nos asalta la manía de cegar aquellas lagunas, y no nos damos paz, abriendo libros, revisando diccionarios, plegando páginas y sacando notas. Mientras se coje una idea se marcha la otra, y mientras pensamos en afirmar la posesion de esta última se confunden otras dos, hasta que se apodera de nuestra mente una oscuridad profunda y dejamos caer los brazos, sitiendo languidecer nuestro espíritu.

¡Es inútil, es tarde: volvamos á la vida de antes!

*
* *

Viene un nuevo día, y con la cabeza fresca se reaniman nuestras esperanzas y crece el vigor. Pasamos todo el día estudiando, hasta que llega la noche y recojemos el fruto. En el breve descanso que sigue á la comida, las cosas aprendidas, como si se hubieran dado cita, saltan todas juntas desde lo más recóndito de la mente, y se aparecen sin ser llamadas, se presentan todas juntas, disputándose el primer lugar y haciendo en la cabeza un tumulto que no es posible explicar.

Sentencias de filósofos y reglas de gramática, versos y fechas, imágenes y pensamientos lucidísimos; á lo lejos, resplandores de nuevos pensamientos y de otras imágenes, tan densos y tan rápidos, que no dejan ver las lagunas que poco antes nos llenaban de postracion y desaliento.

Son los momentos de placer más vivo.



El sacrificio más duro es pasar las noches del verano amarrado á la mesa. El aire embalsamado, el espectáculo espléndido de la ciudad, el bajar precipitado que se oye por las escaleras, las risotadas de los niños, el ruido de la calle y la casa solitaria, hacen un contraste abrumador. Todos han salido dejándoos solos, y empieza la lucha contra las imágenes seductoras; excitada la fantasía por la lectura y con el entusiasmo de los pocos años, la lucha es feroz; apenas puede creerse lo que pasa entonces por el alma estudiantil. Algunos momentos nos parece sentir en la cara el aliento de una mujer que conmueve todas nuestras fibras y vé cruzar á través de las páginas una trenza de hermosos cabellos. Se pone uno á escuchar pasos ligeros, la respiracion agitada, algo que se mueve en el aire. ¡Qué tentacion tan tremenda! Dar un puntapié á la mesa y echarlo todo á robar: hé aquí nuestra feliz ocupacion, gritando con aire de triunfo y de desprecio:

—¡Al cesto de la basura, papeluchos: quiero vivir!



Son hermosas y fecundas las luchas verificadas en el silencio de una habitacion, entre la aridez insaciable de saber y el fuego prepotente de la juventud; romper el yugo que nosotros mismos nos hemos impuesto, arrebatá nuestro espíritu. El sudor que traspira nuestra frente en esta fatiga, es sudor saludable y el cansancio consiguiente engendra nuevas fuerzas, comprendiendo entonces que son muy sabios ciertos consejos que nos parecian dignos de risa.

La necesidad de combatir acerbamente el cuerpo rebelde que quiere imponernos una cobarde indisciplina, de influirle sufrimientos que lleguen á postrarle hasta el punto por lo ménos, en que deje de ser dueño para ser esclavo, se siente siempre. Esta es ocasion propicia para habituarse á los almuerzos de Franklin: pan, fruta y agua; y de rigor en rigor se llega á no apoyarse en el respaldo de la silla. Concesion esta peligrosa, porque abre la puerta á larga série de otras del mismo género que insensiblemente conducen á empezar de nuevo la batalla.



El arte de mandar en nosotros mismos consiste en gran parte en encontrar argumentos y palabras eficaces que muevan nuestro amor propio. Se necesita imaginación y elocuencia.

Recuerdo una mañana que, malditas las ganas que tenía de estudiar, logré tenerlas con sólo este razonamiento:

Suponte que las paredes, los techos y las escaleras de la casa fuesen transparentes; mira hacia arriba, hacia abajo y alrededor, y verás por todas partes manejar escobas, sacudir ropas y limpiar muebles: toda la casa está en movimiento, de faena. Pues bien, júrame que si todas aquellas mujeres con las mangas recogidas y la cara llena de sudor, volvieran todas á la vez la vista hacia tí y te vieran arrellanado en la poltrona y con los brazos cruzados, júrame, te digo, que no te avergonzarías, y te faltaría tiempo para coger un libro y fingir por lo ménos que estabas estudiando, diciendo como los niños cogidos *in fraganti*:

—¡Si estoy estudiando!



Mesita, te adoro. Tú eres, entre todos los muebles de la casa, el único que representas la amistad inquebrantable. La puerta, que en los días más hermosos de nuestra vida, deja oír el choque de un dedito, y cuyo sonido nos hace saltar en pié con el corazón emocionado, concluye por no abrirse más que para el viejo amigo que viene á contarnos sus desgracias. El espejo que nos dice cosas tan deliciosas mientras brillan nuestros ojos y tiñe nuestras mejillas la sangre juvenil, acaba por sernos odioso como el importuno que á cada paso recuerda una desventura que quisiéramos olvidar. El lecho sobre el cual, cuando jóvenes dormimos sueños tranquilos, acaba por ser lecho de espinas que nos brinda inútilmente el reposo.

Tú, mesita, eres el único asilo en el cual, quebrantados por los engaños, reparamos nuestro ánimo; asilo amado, no solo cuando encendidos por la inspiración y presintiendo la satisfacción de la victoria sufres nuestros vigorosos golpes, sino también cuando contristados por pérdida de esperanza, volvemos hacia tí la vista como único refugio. Jóvenes,

te amamos por la gloria; viejos, por la paz, reedificando sobre tí el edificio caído de la juventud.

*
* *

Para el que estudia, aun siendo joven, hay momentos durante el día en los cuales, sin saber por qué extraña confusión de ideas, la vida, se presenta al pensamiento bajo aspectos tristes, los peligros, las desilusiones, las luchas inútiles, la vanidad de las cosas; todas las representaciones semejan á otras tantas figuras humanas que, señalando con el dedo, dicen:

—¡Hé ahí un hombre afortunado!—Domina á nuestro espíritu impresión semejante á la que se siente cuando desde una habitación confortable y abrigada vemos caer suavemente la nieve en la calle.

Metido cada cual en su agujero, contento con la manera de vivir que ha elegido, se siente necesidad de recogerse hasta el punto de que quisiera uno vivir dentro de una cáscara de nuez para taparse mejor y estar más seguro.

La habitación llena de libros, nos parece inexpugnable fortaleza, con provisiones inagotables, colocada en medio de extensa llanura, que ejércitos furiosos atravesarán en todas direcciones esparciendo por sus ámbitos terror y sangre.

*
* *

Hay otros momentos, por el contrario, en que parece que falta todo el calor para la vida íntima del pensamiento. Todo se hiela á nuestro lado; como si nuestro trabajo tuviera un objetivo pueril, se apodera de nosotros invercible fastidio; nuestra vista no ve más que cuadros de desolación y creemos que todos los libros oprimen con su peso nuestro pecho; la ventana se convierte en el tragaluz de oscura cárcel; el techo, como si descendiera poco á poco, aplasta nuestra cabeza. Falta la respiración, el cabello enmarañado, la barba larga, los ojos enrojecidos, todo nuestro ser parece que ha caído perdiendo su nobleza, como si hubiéramos despertado en estrecha cueva; sentimos horror por la soledad que nos rodea, pensamos en los amigos, en el campo, en la música, en las señoras elegantes, y reconocemos nuestra insensatez y nuestro infortunio.

*
* *

El recuerdo de amigos que saben tanto como nosotros, una vez hecho el propósito de seguir estudiando, se agiganta. Parecíanos al principio que los destellos de nuestra inteligencia valían mucho más que los tesoros que ellos poseen, sorprendiéndonos al ver que por su parte nuestros amigos no lo reconocerán así. Poco á poco vá comprendiéndose que el hombre que ha estudiado de veras, que ha hecho esfuerzos fatigosísimos y que ha logrado alcanzar allá en su conciencia victorias que enorgullecen aun más que el triunfo público, debe naturalmente hacer poco caso del ingenio que se eleva solo por la fuerza de sus propias alas; que se atreve á mucho, porque todo lo ignora; que no siente su vaciedad, porque no habiéndose jamás propuesto rellenarla, nunca ha tenido ocasión de medirla. Se comprende que para un hombre de este temple, la obra de tal ingenio sea frágil edificio.

Aun uno mismo, estando á igual altura, admira más la elevada cúspide de una pirámide que el movimiento de un cometa. El que estudia, conquista; el ingenio inculto más bien parece que roba. Mu-

chos que os parecían envidiosos porque no os aplaudían, comprendéis ahora que no sentían hácia vosotros no más que fría indiferencia. Ellos son como bolas de cristal, vosotros como bombas de jabon llenas de aire.

*
* *

"Estudia; pero no te humilles," escribía Giusti á su hermano.

¡Ay del jóven que por estudiar se entierra! Le durará más ó ménos tiempo, y al fin se apoderarán de él terribles melancolías. Por no haber creído á quien me daba este consejo, desperté muchas veces con tan profunda repugnancia por el estudio y por la casa, que corrí frenético al campo, caminé todo el día, yendo á dormir á un pueblo, al día siguiente volví á la ciudad como vuelve un forzado á la galera. Es preciso no empaparse tan por completo en los estudios perdiendo la capacidad para la vida social. El que viva demasiado sólo, sin costumbre de tolerar los defectos de sus semejantes, ni de sacrificar su amor propio, ni de sufrir roces desagradables, cuando vuelve en medio de la sociedad, se siente atormentado y molestado de mil maneras, llegando á veces esta penosa sen-

siilidad á no soportar la contradiccion más ligera. En el estudio solitario el amor propio se agiganta, el yo llega á ser formidable. Nuestras fatigas excesivas parece que nos dan derecho, cualquiera que sea el fruto que alcancemos, para tenernos en más que los otros. Acostumbrados en nuestro mundo pequeño á reinar como príncipes absolutos, llevamos aun fuera de él las aficiones y las arrogancias imperiales.

Preciso es andar siempre entre la gente, para bajar el orgullo.

*
* *

En una ocasion, estuve tres meses seguidos encerrado en casa, de la mañana á la noche, sin salir más que un rato despues de comer para respirar una bocanada de aire. Hacía el almuerzo á lo Franklin, apenas bebía un vaso de vino al dia, no fumaba, me levantaba al amanecer. Quise experimentar hasta qué punto de elasticidad y de fuerza se podían hacer llegar las facultades mentales y qué mejoramiento se operase en las morales privando al cuerpo de todo lo que enflaquece las unas y corrompe las otras.

*
* *

Los frutos del primer mes y medio fueron admirables. Sentía la verdad de aquella sentencia de Rousseau:—Un jóven que viviese de esta manera hasta los veinticinco años, fácilmente arrollaría despues á todos.—La memoria había adquirido más facilidad y más tenacidad: cogía al vuelo cosas que antes me hacían pensar una hora; ideas que antes se desenvolvían en mi inteligencia trabajosamente brotaban todas al menor esfuerzo y semejaban una nube de puntos luminosos; la razon iba poco á poco profundizando las cuestiones, teniendo que hacer un esfuerzo para contener la plenitud de palabras que querían salir. Por lo que se refiere al sentimiento valía sin duda el doble; la lectura de cosas poéticas me causaba una emocion más rápida y más duradera. Leyendo en voz alta algunos versos, se me escapaban algunos gritos. Me daba cuenta de ciertas exaltaciones, que hasta entonces me habían parecido inexplicables, de artistas, ó de hombres que nacieron para serlo que, leyendo algunos libros fueron arrebatados por la fiebre, dando voces y gesticulando como locos. De todos los efectos de aquella clase vida, el que más im-

presion me hacía era este: que mi pensamiento tendía siempre á elevarse, perdiéndose fuera de este mundo.

Horas y más horas me pasaba fantaseando tocante á los astros, á la inmortalidad del alma y del infinito.

Me había cerrado la puerta de la casa y tenía que salir por el techo; pero en conjunto el mejoramiento era grande.

*
* *

El tercer mes fué un mes de lucha, que acabó con una derrota, como si la inteligencia se enervase por completo y la memoria fuese perdiéndose poco á poco. Me quedaba la sensibilidad, pero á tal punto había llegado, que más bien pudiera llamarse irritabilidad morbosa, que sano vigor del sentimiento. Estaba hecho un extravagante. A veces dejaba de leer y me ponía á hacer ejercicios gimnásticos en la silla, hasta que caía rendido de cansancio. Frecuentemente me colocaba delante del espejo y hablaba conmigo mismo, gesticulando y riendo. Llegué á tener miedo de que perdiera el juicio. Me decía mi patrona muy á menudo:

—¡Pero qué vida hace usted!

La semana última casi no estudié una palabra, y

sin embargo, no quería cambiar de vida; era un pique de amor propio; había dicho á mis amigos que no me verían más por la calle; no lo habían creído y quería salirme con la mía. Una noche se presentaron en casa algunos amigos de los buenos tiempos, me cerraron los libros, me pusieron el sombrero y me lanzaron fuera á empujones, y todo se acabó. Desde entonces pasé casi dos meses en el ócio; consecuencia sabida despues de estas locuras solitarias. El primer día lo pagué caro. Al despertarme no me acordé de la escapada que había hecho la noche anterior, y mi pensamiento me arrastró hácia la vida de ántes; en el primer momento se levanta luego el recuerdo de la noche, y al ver todos los sueños deshechos, la série de mis sacrificios rota, y derrumbado todo el edificio levantado en la soledad, sentí la opresion angustiosa y triste de la doncella á quien arrancan traidamente el derecho de llevar este nombre.

*
* *

La mejora que en mí se había operado durante el primer mes de vida austera, me persuadió de esta verdad, que sería preciso gravar bien en la cabeza á todos los jóvenes; á saber: que nosotros no adverti-

mos todo el daño que hacen á la inteligencia y al corazón los desórdenes juveniles, aun los que parecen por su naturaleza y medida, más perdonables; pero los cuales trabajan y trabajan siempre la vida. Un jóven de vivísimo ingenio y de vida desordenada, con el cual estuve un dia charlando del asunto, me decia:—Sí, se tendrá ménos fibra para el trabajo y en lugar de escribir diez horas no se escribirán cinco; pero el ingenio no padece, y el que lo tiene con él se queda siempre; el trabajo de la creacion artística no puede turbarse por esto.—¿Y tú qué sabes? le pregunté. ¿Quién puede advertirte de todas las pequeñísimas alteraciones que se producen en la máquina del pensamiento? ¿Me puedes decir, si cuándo se despierta en tu inteligencia aquel tumulto de ideas que precede á la inspiracion, quizá no se despertaría una más, si el dia antes hubieras hecho una vida normal?—Se citan, es verdad, grandes escritores que han llevado una vida desordenada. ¿Pero quién se atrevería á decir que los malos versos ó las páginas vacías que han salido de su pluma, no correspondan precisamente á los dias en que no vivieron como era debido? ¿Sabemos nosotros si viviendo de otra manera, no hubieran algunos llevado á cabo obras de las que no nos han quedado más que fragmentos?

*
* *

Un jóven que viva solo, si estudia y está mucho en su casa, concluye por amarla y por respetarla también, y muchas pequeñas faltas que antes no le parecían nada, llegará á considerarlas como profanacion.

Entre aquellas cuatro paredes donde tantas nobles emociones hemos sentido leyendo, escribiendo y fantaseando criaturas excelsas y grandes amores, se nos resiste dejar entrar á nadie que piense que nuestros estudios, nuestro ingenio, la parte más elevada de nosotros, sea motivo de risa ó cosa misteriosa.

*
* *

El gozo que trae siempre consigo el trabajo es grande, y grande también el que proporciona el talento; aún es mayor, sin embargo, el que sigue á la fatiga de la inteligencia. Trabajaba yo hacia casi un

año sobre cierto asunto; nunca había hecho solo trabajo tan largo, y por eso, sin duda, entonces me pareció más largo que ahora. Contando con fácil pluma y muchas cosas hermosas que contar (y si no hermosas, agradables por lo ménos), parece que el escribir debiera ser un goce, debería pasar de prisa el día, que la fúria del trabajo robase el tiempo, esperando la hora de comenzar de nuevo con verdadera ansiedad. Sin embargo, de quince días, solo dos ó tres me sentaba á la mesa de buena gana y escribía con vena; los restantes cogía la pluma con los mismos ánimos con que el esclavo coje el instrumento del trabajo que le agobia. Día hubo en que hubiera preferido cavar, partir leña ó llevar sacos á cuestras, á escribir. Una tras otras iban pasando las horas sin hallar ocasion de empezar, buscando mil pretextos como para engañarme á mí mismo; y alguna que otra vez, para salvar el remordimiento del ócio, me imponía fatigas que realmente eran más graves que la de escribir; hacer, por ejemplo, una carta geográfica, estudiar largos trozos de memoria ó aprender una fila interminable de palabras extranjeras. Apenas llevaba escritas cincuenta páginas de mi libro, me parecía que una vez llegado á la mitad, daría gran respiro y acabaría casi sin esfuerzo. Aquella bendita mitad era mi pesadilla, como para el que viaja por entre dificultades el término de su camino. Llegado á la mitad se desvanecian las esperanzas, y ponía la meta más lejos, en los dos tercios. ¡Cuántas veces,

teniendo más de mediado el trabajo, tuve impulsos de renunciar á concluirlo! ¡Cuántas veces mi madre, viéndome metido en un rincón de mi cuarto con los brazos cruzados y los ojos fijos en un punto, me preguntó:

—Vamos á ver, ¿á qué altura te encuentras?

—¡Vamos hácia atrás, querida, hácia atrás, y con miedo de no poder seguir adelante!

Envidiaba á mi hermano, porque era empleado y no tenía más que ir á la oficina; á muchos de mis amigos, que no hacian sino escribir articulejos de periódico, y en general envidiaba á todos los que no tenían la imposición de estarse tantos meses sobre la mesa exprimiendo el jugo siempre á la misma cosa y sin sufrir aquella prision de la imaginacion, aquella esclavitud del pensamiento, ni aquel suplicio de todos los días y de todos los instantes.

Finalmente, llegué á las últimas páginas.

Aún tuve un postrer desaliento, ¡Parece imposible, cuando sólo me faltaban 40 cuartillas para concluir! pero fué breve. Luego se apoderó de mí una actividad impetuosa, alegre, febríl, que me duró hasta que puse la última palabra. Recuerdo como si fuera ayer la hora en que concluí, el tiempo que hacía y la luz que inundaba mi habitacion y el perfume de la primavera que traía el viento á bocanadas de cuando en cuando!... ¡hasta la disposicion que tenían las cuartillas sobre mi mesa cuando puse con mano agitada la palabra fin, tengo presente!—¡Santo Dios, que trabajo

tan pobre al lado de las fatigas que á los veinte años sufrió (todavía me rio de la comparacion) Gibbon, y del cual había leído hacía pocos días el bellissimo prefacio de su *Historia de la decadencia del imperio romano!*

Como él sentí en aquel momento el placer de la libertad reconquistada, y creía comenzar nueva vida.

Mi madre no supo nada; le había dicho el dia anterior, que aún me quedaba una semana de trabajo, y que apenas pusiera la última palabra, empezaría á ordenar mis libros que hacía meses se hallaban en el desórden más completo, y daría un limpión á mi mesa que era informe monton de papeles y pruebas de imprenta, intolerable. Cuando el órden entrase en mi cuarto, sería la señal de haber terminado el trabajo. Me puse con toda prisa y entusiasmo, sin hacer ruido, para no provocar las sospechas de mi madre, y contentiendo la respiracion por si oía acercarse á alguien.

Tuve que hacer esfuerzos para sofocar la risa; al fin coloqué todos los libros en su lugar, todos los papeles inútiles al cesto, y no dejé sobre la mesa más que el tintero, la pluma y las últimas hojas del manuscrito. Llegó el momento del descanso, me senté y estuve esperando; mi corazon latía con violencia, tenía encendida la cara y bañada en sudor mi frente. Pasaron algunos minutos, no venía nadie; comencé á toser y me puse á tararear. En seguida sentí en la habitacion inmediata el paso de mi madre; me levanté corriendo á encontrarla.

Me miró, preguntándome llena de sorpresa:

—¿Qué ocurre?

Y contesté señalando la mesa:

—Mira.

Miró, al pronto no comprendió, estuvo pensativa un momento y luego con un arrebató de gozo gritó:

—Pero qué, ¡has acabado!—La abracé, y ella dejó escapar con voz conmovida estas palabras:—¡Pobre hijo mio!

Pronto se cambió el vivísimo placer que sentía en sentimiento de tristeza. Apercibióse de ello perfectamente mi madre, preguntándome:

—¿En qué piensas?

—Madre mia, pienso en que para merecer esta satisfaccion debía haber hecho otro género de trabajo; á pesar de todo, estoy contento (añadiendo aquí una frase que digo siempre á mi madre cuando estoy contento, y que siempre la hace reir) y te agradezco que me hayas hecho venir al mundo.

Dicho esto, le ofrecí el brazo, salimos de mi gabinete, é hicimos nuestra entrada triunfal en el comedor, donde estaban los demás de la familia.

Quisiera que la mujer á quien adoro me hubiera visto en aquel momento, porque estaba verdaderamente radiante *de hermosura*: lo digo con franqueza.

.....

